



“Conclusiones”

p. 285-292

Laura O’Dogherty Madrazo

De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

2001

318 p.

Figuras

ISBN 970-18-5177-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/387/partido_catolico.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Conclusiones

1. La historia del Partido Católico Nacional se inscribe en un contexto que rebasa las circunstancias nacionales. La organización política era parte del proyecto de restauración católica, es decir, del esfuerzo eclesial por recuperar el espacio social que el liberalismo pretendía sustraer de la influencia de la Iglesia. Por lo tanto, estaba ligada al ascenso del catolicismo intransigente, que postulaba la incompatibilidad entre liberalismo y cristianismo, y al magisterio de León XIII, que exhortaba a los católicos a restaurar la sociedad sobre principios cristianos. Asimismo, era fiel a la estrategia sugerida por el mencionado pontífice de combatir la sociedad secular con sus mismas armas y a través de la organización de los laicos, quienes en nombre de la Iglesia encarnarían sus enseñanzas donde la acción del clero estuviera vedada.

2. Según la teoría de la acción indirecta, el partido estaba formado exclusivamente por laicos, quienes sirviéndose de los derechos políticos sancionados en la Constitución de 1857 buscaron reformar la legislación vigente con el propósito de garantizar las libertades religiosa y de instrucción, y crear leyes que mitigaran los problemas sociales provocados por las reformas liberales. La organización reclamaba la participación del pueblo católico y lo exhortaba a rechazar la separación que había impuesto el liberalismo entre conciencia individual y conducta pública, a ejercer sus derechos políticos como creyentes y a luchar por encarnar los principios religiosos en la sociedad.

3. No obstante su carácter laico, como parte del proyecto de restauración, el partido mantenía fuertes ligas con el mundo católico. Primero, su programa incluía viejas reivindi-



caciones eclesiales, como la libertad religiosa y el rechazo a la educación laica, aunque esta última adquirió una expresión más amplia como libertad de enseñanza. Asimismo, como remedio a la cuestión social, según los criterios de la encíclica *Rerum Novarum*, proponía una serie de iniciativas de ley para proteger a los trabajadores y a las llamadas sociedades intermedias —familia y asociaciones profesionales y de productores— de las leyes del libre mercado y de la intervención estatal. Segundo, sus militantes imprimieron a sus tareas un cariz religioso, sus trabajos fueron difundidos por la prensa católica y en su propaganda se identificaba la organización con la Iglesia y la religión. Tercero, el arzobispo de México promovió su fundación y un importante grupo de prelados protegieron su labor: se pronunciaron a su favor, aportaron recursos, pusieron a disposición del partido las publicaciones diocesanas y solicitaron al clero parroquial su colaboración en los trabajos de organización. Además, la Santa Sede luchó por un mayor acercamiento entre el episcopado y el partido y favoreció a clérigos identificados con la organización para cubrir las vacantes episcopales del periodo: Michoacán, Cuernavaca y Guadalajara. Por último, según la recomendación episcopal, los párrocos tuvieron un papel destacado en los trabajos de organización. En general, su labor se limitó a sugerir a las personas que debían presidir los centros locales y a exhortar a las asociaciones parroquiales a fin de incorporarlas al proyecto político católico. Dichas asociaciones se convirtieron en eficaces instrumentos de movilización y los beneficiarios de escuelas y establecimientos de beneficencia, así como los miembros de las sociedades mutualistas y las asociaciones piadosas constituyeron la base social del partido. La relación del Partido Católico con la jerarquía y con las redes parroquiales fue de enorme trascendencia. Por un lado, en las entidades en que recibió apoyo eclesial, sus trabajos gozaron de enorme legitimidad: Chiapas, Guanajuato, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Puebla, Tlaxcala y Zacatecas. En cambio, enfrentó graves dificultades, en ocasiones insuperables, en aquellas cuyos prelados fueron renuentes a colaborar, ya fuera por su lejanía de la acción social católica, porque consideraron peligrosa la in-

cursión de los católicos en política o más conveniente para los intereses de la Iglesia la búsqueda de un clima de entendimiento con las autoridades. Además, en muchas ocasiones, la labor del partido fue obstaculizada por los cabildos y algunos miembros del clero que habían sido afectados por la reforma eclesial y recelaban de la preponderancia que habían adquirido sus promotores, los clérigos formados en Roma, quienes eran identificados con la organización católica. Por otro lado, aun con la anuencia episcopal, su éxito electoral estuvo condicionado por la solidez de la estructura parroquial. Donde el clero tenía ascendiente sobre la población y abundaban las asociaciones católicas, los militantes desbordaron los estrechos límites de la clase media urbana y los grupos de notables, e incluyeron artesanos, obreros, rancheros, medieros y peones. En cambio, en donde el proyecto de restauración fue poco exitoso, o la colaboración del clero parroquial escasa, el partido tuvo menor popularidad y clientela, aun cuando congregara a notables y sectores urbanos medios. La relación con las asociaciones parroquiales confirió al partido un marcado carácter clerical. Aunque sus dirigentes eran seculares y muchos estaban interesados en mantener su autonomía frente a la Iglesia, en la medida en que la mayoría de los militantes procedían de asociaciones dominadas por los párrocos y su adhesión era masiva, la influencia eclesial fue inevitable.

4. Si bien el Partido Católico Nacional participó del proyecto de restauración católica, no puede ser considerado su consecuencia necesaria. Desde el triunfo de la República en 1867, la jerarquía eclesial había privilegiado el acercamiento con las autoridades como estrategia para eludir el cumplimiento de las Leyes de Reforma y preservar su influencia sobre la instrucción y la beneficencia. Por consiguiente, había buscado mantener la acción católica alejada de la política. En su decisión de sancionar la participación política de los católicos coincidieron tres factores. Primero, la llamada crisis del porfiriato contribuyó a modificar la percepción de muchos católicos, seculares y clérigos, respecto de la seguridad que la política de conciliación proporcionaba a la Iglesia. Segundo, el ascenso de una nueva generación episcopal forma-

da en la corriente intransigente y preocupada por la cuestión social, que distante de la experiencia de la Reforma estimó viable ampliar el espacio de acción de la Iglesia y modificar su situación legal. Por último, el triunfo de Madero, quien durante su campaña había ofrecido respetar la libertad de sufragio y el derecho de los católicos a participar en política, fue considerado una oportunidad para dar sustento legal a la política de conciliación y remediar los males causados por las reformas liberales.

5. El partido congregó diversas asociaciones que habían sido organizadas como respuesta a la movilización social que acompañó la sucesión de 1910: los círculos católicos de México y Puebla, y los Operarios Guadalupeños. La última reunía a párrocos, periodistas y, en general, a seculares vinculados a la acción social católica, quienes desde principios de siglo habían cuestionado las supuestas ventajas que para la Iglesia representaba la conciliación con el régimen y criticado su política económica. Organizada en 1909, los Operarios buscaron integrar una alternativa política católica y en Jalisco se convirtieron en el núcleo fundador del partido.

6. Los dirigentes del partido buscaron unir a las fuerzas católicas apelando a la identidad religiosa de sus miembros. Sin embargo, desde el inicio prevaleció la discordia, consecuencia de la heterogeneidad social de los congregados y de sus proyectos políticos. Aunque no es posible establecer conclusiones globales, dado el carácter regional de este trabajo y la ausencia de estudios análogos, puede afirmarse la existencia de una gran disparidad entre los centros general de México y de Jalisco. Si bien ambos reunían a destacados hacendados y hombres de negocios, el centro de Jalisco también contaba con profesionistas liberales, y pequeños propietarios y comerciantes. Además, la procedencia política de sus dirigentes era distinta. Durante la sucesión presidencial de 1910, los socios del Círculo Católico de México habían mantenido ligas con el grupo científico y condenado el movimiento maderista. En cambio, los Operarios Guadalupeños de Jalisco se habían pronunciado en favor de Bernardo Reyes y habían visto en Madero una oportunidad de acceder al poder e impulsar una reforma política y social.

Por tanto, aun cuando ambos buscaron mantener el orden social y temían la presencia de los sectores populares en el escenario político, los católicos de Jalisco sostuvieron un programa reformista que buscaba ampliar los espacios de participación política, mejorar la situación de los pequeños productores agrícolas y atenuar las difíciles condiciones de vida de los trabajadores. Además, en esa entidad, el nivel de organización del partido fue mayor gracias, por un lado, al extraordinario éxito del proyecto de restauración católica y al apoyo del clero parroquial, y por el otro, a la subsistencia de las bases reyistas, aun después de la decadencia de este movimiento. En consecuencia, el partido tuvo a su disposición la experiencia política de los antiguos reyistas, una extensa organización y una considerable legitimidad. Por último, la capacidad de triunfar en las urnas, en particular la conquista del congreso local, reforzaron entre sus dirigentes la confianza en la vía electoral como mecanismo para acceder al poder y defender los intereses de la Iglesia.

7. Las diferencias iniciales entre los centros general de México y de Jalisco se agudizaron debido a las características regionales de la revolución maderista. En Jalisco, la respuesta al Plan de San Luis fue mínima y, tras la renuncia de Porfirio Díaz, los clubes maderistas carecieron de la fuerza necesaria para asumir el control político del estado, incluso en las zonas rurales. Tan sólo dos meses después de la firma de la paz, la gran mayoría de los jefes rebeldes habían sido privados del mando de tropa, los maderistas carecían de fuerza electoral y su participación en la administración del estado era marginal. Los beneficiados del cambio de régimen fueron los llamados partidarios del orden, alianza que comprendía al Partido Católico Nacional. Éstos buscaban conservar la Revolución dentro de los límites de una reforma destinada a garantizar la participación política de los sectores medios. En este contexto, los católicos de Jalisco fueron menos críticos que los de México, afectados por la violencia y los ataques a la propiedad, respecto de la supuesta incapacidad del gobierno de pacificar el país y controlar las demandas sociales derivadas de la Revolución.

8. En Jalisco, la debilidad del movimiento maderista y la



extraordinaria capacidad de movilización del Partido Católico Nacional, puestas de manifiesto en los comicios presidenciales de octubre de 1911 y de legislatura local de febrero de 1912, desgastaron la alianza de los partidarios del orden. Frente a la cada vez más lejana amenaza maderista, las rancias familias liberales y muchos hombres de negocios y hacendados no estaban dispuestos a renunciar a su primacía política y secundar los objetivos de un partido al que calificaban de clerical y de reencarnar los propósitos del Partido Conservador. A partir de abril de 1912, aliados con el Ejecutivo del estado, buscaron impedir el ascenso político del Partido Católico Nacional. En la contienda, los católicos esperaban que una pronta intervención federal inclinaría la balanza en su favor. Aunque finalmente el candidato católico asumió la gubernatura del estado, el centro de Jalisco recriminó a Madero su indecisión para imponer un régimen en que prevaleciera el respeto al sufragio.

9. A finales de 1912, a pesar de los triunfos electorales logrados a la sombra del régimen democrático impulsado por Madero, los católicos se habían distanciado del presidente. Lo acusaban de manipular las elecciones, de indiferencia frente a los abusos cometidos contra los presuntos diputados del Partido Católico Nacional en el Congreso Federal y de proteger a la prensa impía. Asimismo, lo consideraban incapaz de pacificar al país y frenar las propuestas agrarias de sus partidarios. La conspiración que acabaría con su régimen fue aplaudida por el arzobispo de México y algunos directivos del centro general, quienes además fueron denunciados de colaborar con el levantamiento. En cambio, el centro de Jalisco mantuvo una actitud neutral y, aunque muchos de sus dirigentes se sintieron aliviados con la caída de Madero, condicionaron su apoyo al nuevo gobierno a que éste fuera transitorio y orientado a lograr un régimen de orden y respeto a las libertades democráticas. Por ello, el aplazamiento de las elecciones para presidente y vicepresidente, y la intervención federal en los estados fueron objeto de fuertes críticas. Finalmente, la disolución del Congreso Federal el 10 de octubre y el fiasco electoral el 26 del mismo mes marcaron su ruptura con Huerta, pues, desde su perspecti-



va, cancelaban la esperanza de retornar a la legalidad y ponían en entredicho la existencia del Partido Católico. Para enero de 1914, el Partido Católico Nacional había desaparecido casi por completo y sólo mantenía una presencia testimonial en el congreso de Jalisco.

10. Contra la afirmación de algunos protagonistas católicos que atribuían la desaparición del partido a la discordia interna, a la tibieza del clero o a la persecución constitucionalista, su decadencia se inició con la caída de Madero, cuyo régimen representaba la posibilidad de una democracia liberal, y su extinción fue consecuencia de la cancelación de los espacios de participación política durante el régimen de Huerta, espacios que no reintegraría la revolución constitucionalista. Asimismo, la jerarquía eclesial, decepcionada de la capacidad del partido para lograr ventajas para la Iglesia, buscó conciliar sus intereses con los hombres de la Ciudadela. Tras los duros años de la revolución constitucionalista y, sobre todo, después de la amarga experiencia de la guerra cristera, la jerarquía luchó por eludir el cumplimiento de las leyes adversas a sus intereses negociando con las autoridades y, como en el porfiriato, buscó alejar a las asociaciones católicas de la política.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS